

CATALUÑA

Cuando el comunismo era un acicate para construir los Estados de bienestar en la Europa continental democrática, se ironizaba con que la diferencia entre la derecha y la izquierda se plasmaba en las películas programadas en los canales de televisión públicos, los únicos entonces realmente existentes. A mayor liberalidad, gobernaba la izquierda; a menor, la derecha, siempre preocupada por las almas descarriadas. Entonces, el denominador común de socialdemócratas y democristianos era la defensa de los logros sociales. Por convicción o por miedo. Eran tiempos en los que, para la izquierda dura, la cogestión era sospechosa de actuar como trampa saducea para integrar a los obreros al capitalismo. Y en los que se debatía si la sanidad era un mero útil para reparar la mano de obra averiada.

Desde la caída del Muro de Berlín, la cogestión ha pasado a ser una utopía, porque lo habitual en el mercado de trabajo es que se contrate por días cuando no por horas, como el cura vasco de la obra de Jacques Deval —El comprador de horas— que redime prostitutas a tiempo parcial para que recen el rosario. Y qué decir de la sanidad: la reparación de la mano de obra se ha convertido en un bien escaso. Ahora se llevan los pasillos de las urgencias a rebosar. Por no hablar de ese ejército de reserva de mano de obra que, más que desempleo estructural, supone una condena permanente a la condición de precariado, tal como explica Zygmunt Bauman.

Ahora, cuando todo logro social es tan caprichosamente líquido como el precio del megavatio hora, es normal que las Entidades Catalanas de Acción Social (ECAS) se ocupen, preocu-

La dignidad y los presupuestos

FRANCESC VALLS

pen y redoblen sus esfuerzos por lo inmediato. Toda pequeña conquista es bienvenida y, por ello, sería de agradecer que se pusieran en marcha ese 40% de las 273 medidas de emergencia que el Parlament aprobó desarrollar urgentemente en marzo de 2016, cuando se dio luz verde a una resolución para blindar los derechos que pudieran resultar afectados —como ha sucedido— por decisiones de las instituciones del Estado.

Entonces no se pudo hacer nada, según explicaciones del Gobierno catalán, debido a la prórroga presupuestaria. Pasa-

Malos tiempos para paliar los efectos nocivos que golpean a los eslabones más débiles

da la Navidad, hemos conocido que la crisis —entendida, claro, como oportunidad— ha permitido que el 1% de la sociedad con más patrimonio de España aumente su porción del pastel de riqueza del 16,87% al 20,23% entre 2011 a 2014. Sería bueno contagiarse de ese espíritu emprendedor para que las cuentas de la Generalitat de 2017 sean una oportunidad social.

Pero los presupuestos para este año no llevan ese camino, a pesar de que se han convertido en la clave de bóveda que, al parecer, lo sostiene todo: el referéndum precisa de las cuentas para

2017; las inversiones sociales, también... De pronto, los presupuestos autonómicos —tal como están— son la panacea social en el camino hacia la independencia y estandarte de la "dignidad" de la mayoría que gobierna este país, de acuerdo con el término empleado por el propio presidente Carles Puigdemont. Si no se aprueban los presupuestos, "por dignidad" no hay referéndum. A veces todo parece un triste e indigno señuelo para seguir gobernando, porque desde el pleno de la pobreza de marzo del año pasado ni siquiera se han puesto a trabajar en serio las mesas que debían hacer el seguimiento de las medidas aprobadas: ni la de la pobreza energética, ni la de la vivienda, ni la de la infancia, ni la de ciudadanía e inmigración, según la Mesa de Entidades del Tercer Sector. Y en los presupuestos lo cierto es que se ha desperdiciado la oportunidad de revisar a fondo el sistema fiscal, tal como solicitan las entidades sociales, y de plasmar medidas de choque.

Es evidente que la praxis política actúa como eficaz disolvente de fronteras entre derecha e izquierda cuando ejercen el poder. Pero ahora, al contrario de lo que sucedía antes de la caída del Muro, lo que era un derecho consolidado se ha convertido en utopía. La riqueza se concentra en menos manos que nunca y no hay ni asomo de sentimiento de culpa ni propósito de enmienda respecto a las responsabilidades en los recortes y en la crisis. El 51% de los contratos de trabajo que se cerraron el año pasado en España no requieren de cualificación, pero hablar de que la renta básica continúa siendo un tabú. Malos tiempos para paliar los efectos nocivos que golpean a los eslabones más débiles.



Oriol Junqueras entrega a Carme Forcadell los Presupuestos catalanes para 2017. / ALBERT GARCIA

La irrupción de Trump o la reunión de la extrema derecha europea en Coblentz, son expresiones de que, desde posiciones ultraconservadoras, va cuajando una respuesta a las preocupaciones de buena parte de la población de los países más desarrollados sobre un futuro amenazante. El diagnóstico de partida es sesgado, pero conecta con la percepción de mucha gente: el mundo está cambiando aceleradamente; los centros de poder económico no hay quién los controle; las viejas instituciones democráticas no garantizan los equilibrios que generaban certidumbre; hay demasiada gente extraña y distinta de "nosotros" que va y viene sin el control necesario; los tradicionales sistemas de seguridad no sirven ante las nuevas formas de terrorismo. Síntesis: menos globalización, más seguridad y más protección. Trump señala a los vecinos del sur, a los islamistas y a la capacidad productiva china como males a conjurar. Los políticos reunidos en Coblentz señalan a la Unión Europea, al euro y a los inmigrantes y refugiados como enemigos a batir, sin desdeñar unirse a la agenda de Trump. La extrema derecha europea busca crecer en credibilidad de gestión, concretando en medidas de gobierno lo que hace un tiempo eran simples proclamas ideológicas y extemporáneas.

¿Quién hay al otro lado? Las fuerzas políticas tradicionales (socialdemócratas, conservadores, democristianos, liberales), van agotando su legitimidad al tiempo que siguen defendiendo los procesos de globalización de mercados y finanzas, y mantienen su apoyo incondicional a las políticas de austeridad fiscal y el pacto de equilibrio financiero en Europa del 2012. Su credibilidad va desapareciendo

¿Desde donde rehacer el mundo?

JOAN SUBIRATS

Europa debe reforzar sus instituciones, cambiar su política económica y asumir mayores cotas de regulación que protejan a sus ciudadanos sin perder los avances conseguidos

do y se mueven inquietas, buscando salida en concesiones hacia los extremos. La nueva izquierda, hija de ese escenario, se ha desconectado de una tradición que no le sirve, pero ha de demostrar que tiene capacidad de gobierno más allá de transgredir el orden establecido y querer cambiar la historia. Y en este sentido la experiencia municipalista en España adquiere relieve.

Hemos de entender que, como decía Piketty hace poco, el famoso y multicolor "populismo" no es más que una respuesta, confusa pero legítima al sentimiento de abandono de las clases populares de los países desarrollados frente a la globalización desatada y el aumento de la desigualdad. Lo que distingue a las nuevas formaciones políticas progresistas es que siguen incorporando al internacionalismo y a la defensa de la diversidad y de la apertura de fronteras como valores esenciales. Son, de hecho, trincheras muy importantes frente a la xenofobia y al nacionalismo que construye enemigos externos para evitar afrontar sus propias contradicciones. La política de alianzas en Europa ha de tener en cuenta esos factores si se quiere evitar que la corriente ultranacionalista y racista lo acabe arrastrando todo, y para ello es necesario re-

considerar democráticamente la rígida política económica impuesta por la "troika" bajo el liderazgo alemán.

En este escenario, España muestra un perfil propio. Con poco espacio para la extrema derecha, con menos énfasis en una seguridad que lo justifique todo, y con una mayor aceptación de una heterogeneidad asumida sin tantas prevenciones. Los estudios de valores que se han ido haciendo (como el último presentado por el Ayuntamiento de Barcelona), muestran que existe consenso en torno a valores cosmopolitas y progresistas, lo que contrasta con otras partes de Europa. Y ello es más claro en las franjas más jóvenes. La socialización política del 15M muestra aquí sus efectos, y enlaza con valores que fueron hegemónicos en la transición. En Cataluña, el reforzamiento del soberanismo ha conectado esos dos vectores, dejando a la extrema derecha en posiciones de marginalidad notable. Europa debe reforzar su capacidad para afrontar la triple crisis en la que estamos: financiera, ambiental y social, y hacerlo de manera claramente alternativa a lo que supone el desafío ultraconservador, nacionalista y xenófobo que en Coblentz mostró querer convertir el año 2017 en su año electoral. Para ello ha de reforzar democráticamente sus instituciones, cambiar su política económica y asumir mayores cotas de regulación que protejan a sus ciudadanos sin perder los avances conseguidos en reconocimiento de la diversidad, en el sostén de los lazos vitales y de cuidado y los horizontes de valor compartidos. Trump por un lado y las mujeres que marcharon en Washington por el otro, son dos polos en los que inevitablemente nos moveremos.